Epoca IV — Barcelona 30 de diciembre de 1914 — Número 241

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos | Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.°, 1.°

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas
Suscripción: España un trimestre . 1'00 »
» Extranjero » . 1'50 »

¿Será el principio del fin?

El poco coraje con que se arremeten los ejércitos y las escuadras de las naciones que han hecho un pingajo de la tan cacareada civilización, nos había hecho formar la penosa impresión de que la actual hecatombe europea sólo acabaría por consunción; es decir, después de la destrucción de cuanto el ingenio y el esfuerzo humano ha producido en la pasada y presente centuria, y después de sacrificar, en aras de no sabemos todavía qué principios, a millones de vidas humanas.

Sólo algún suceso épico; sólo la aparición de algún nuevo Espartaco que se diera cuenta de que había llegado la hora de no pelear para gloria de los señores, sino de pelear por la libertad de los esclavos, podía, en nuestro concepto, precipitar los acontecimientos en tal forma, que la paz fuera un hecho en previsión de males mayores.

No ha aparecido el Espartaco, pero van surgiendo los chispazos de algo que pudiera ser el principio del fin.

No hace mucho tiempo, la prensa burguesa dió la noticia de que varios soldados habían desertado del ejército austriaco, y que al ser hechos prisioneros, fueron condenados a muerte, pero el pelotón que había de ejecutarlos, dió muerte a los oficiales que les mandaban, libertando a los condenados y desertando con ellos.

En lugar preferente, dándole la importancia que en sí tiene, uno de los periódicos más serios de Barcelona, publica la siguiente nota:

"En el teatro de operaciones de Servia están pasando cosas del más alto interés. Según parece, una de las principales causas de la tremenda derrota que acaban de sufrir los ejércitos austro-húngaros, ha sido la desunión que existe entre sus soldados de distintas nacionalidades: eslavos, magyares, tchéques, etc., etc. Esto explica también la cantidad enorme de prisioneros que han caído en poder de los servios, porque se cuenta que numerosos eslavos de las tropas austriacas *levantaban en alto sus armas y se rendían sin lucha, acogiendo al enemigo con las palabras de* ¡SALUD, HERMANOS!"

Y otro periódico, no menos sensato que el anterior, también publica lo siguiente:

"El periódico *Vitvina* publica un escrito llegado a Italia de un comerciante siciliano establecido en Odessa. En él se dice que no es verdad que todo el pueblo moscovita esté al lado del Gobierno. Al contrario, se nota gran excitación entre las diferentes razas sometidas al yugo ruso, especialmente en la Ukraine, donde el pueblo no espera más que una derrota de los moscovitas en el Sur de Polonia o un desembarco de los turcos en el Mar Negro para sublevarse.

Lo mismo pasa en Polonia, Circasia y Georgia. Pero lo más grave ocurre en Petrogrado. Allí está muy excitada la opinión desde que se encarceló a los diputados socialistas, y si no se han registrado ya actos revolucionarios es porque los elementos avanzados están indecisos sobre si deben pronunciarse inmediatamente o si será mejor esperar el final de la guerra."

Al leer esto, un rayo de esperanza anida en nuestros corazones, pues recordamos que la guerra de Italia contra la Abisinia terminó cuando las tropas de Menelik derrotaron a las del general Baratieri ocasionándoles diez mil bajas, lo que promovió en el pueblo italiano un movimiento general de protesta contra la guerra, que dió fin a ella.

¿Tal vez haya llegado el momento de que los pueblos se den cuenta de que no ha ocurrido nada que justifique el odio entre ellos; tal vez los sufrimientos de la bestial campaña les haya hecho reflexionar y de la reflexión hayan deducido que los soldados de todos los países en lucha sólo tienen un enemigo común, que es el que les obliga a matarse por motivos que desconocen.

El momento en que los soldados austriacos "levantaban en alto sus armas y se rendían sin lucha, acogiendo al enemigo con las palabras ¡salud, hermanos!", es un momento sublime, la nota más altamente humana que se ha registrado en los largos meses que dura el exterminio.

Hermanos, sí; eso somos, sin distinción de colores ni de nacionalidad, todos los que sufrimos los rigores de la explotación capitalista; hermanos somos todos los que laboramos la tierra y producimos cuanto hace feliz la vida de nuestros tiranos; hermanos son, aunque la ficción patriótica les haga ver lo contrario, cuantos abandonaron los centros de producción y de trabajo para lanzarse a la lucha más bárbara y cruel que la maldad de unos cuantos privilegiados ha podido concebir; y si no aprendieron que eran hermanos o en un momento de ofuscación lo olvidaron, abrigamos la esperanza de que los sufrimientos les harán recordarlo. Y no es una vana ilusión la que tenemos de que si la paz no es concertada por los que concertaron la guerra, pueda ser proclamada por los mismos combatientes que, cansados de sufrir, se sientan hombres y dejen de ser fieras.

El ¡salud, hermanos! de los austriacos a los servios abre los pechos a la esperanza y da motivos para creer que estamos al principio del fin de la guerra.

Para contrarrestar el partido que la prensa burguesa de las naciones beligerantes pretende sacar de la carta de Kropotkine, reproducimos el siguiente artículo, al igual que lo hemos hecho en el número anterior, del de el compañero Domela.

Anarquistas que olvidan sus principios

A peligro de pasar por inocente, confieso que nunca hubiera creído que los socialistas — y social demócratas — aplaudieran una guerra como la que actualmente devasta a Europa y menos tomar parte voluntariamente, de parte de los aliados unos, de parte de los alemanes otros. ¿Mas qué pensar cuando el mismo hecho se manifiesta entre ciertos anarquistas—no muy numerosos por cierto—pero figurando entre ellos algunos de los que más amamos y respetamos?

Se dice que la presente situación demuestra claramente la bancarrota de nuestras fórmulas—y nuestros principios—y que será necesario renovarlos. De un modo general una fórmula debe ser revisada, siempre que al entrar en contacto con los hechos demuestre insuficiencia para resolverlos, lo que no es en el caso presente, teniendo en cuenta que la incapacidad que ahora puede alegarse no deriva de la incapacidad de nuestras fórmulas, pero sí de que han sido olvidadas y traicionadas.

Volvamos por nuestros principios. Yo no soy un "pacifista". Combato, como todos lo hacemos, por el triunfo de la paz y la fraternidad entre todos los seres humanos, mas sé que el deseo de no batallar sólo podrá realizarse cuando ninguno sienta el deseo opuesto; pero mientras haya hombres dispuestos a coartar la libertad de otros hombres, estos se verán obligados a defenderse si no quieren verse continuamente dominados; y también sé que el ataque es a menudo el más eficaz y mejor medio de defensa. Admito, por tanto, que hay guerras necesarias, guerras santas, las guerras de liberación, como lo son en general las "guerras civiles", esto es, las revoluciones. Mas ¿esta GUERRA tiene algo de común con la emancipación humana, y por lo tanto con nuestra causa?

Hay socialistas que dicen, como lo diría cualquier burgués de "Francia" o de "Alemania" o de otras aglomeraciones políticas y nacionales—resultado de las luchas históricas—, que como unidad étnica y homogénea, cada uno tiene sus aspiraciones propias, intereses propios y misiones propias, en oposición a las aspiraciones, misiones e intereses de las unidades rivales. Esto puede ser relativamente verdad, mientras los oprimidos, y principalmente los trabajadores, no tengan conciencia propia, y no dándose cuenta de la injusticia de su situación, se convierten en dóciles instrumentos de sus opresores. Sólo se cuenta entonces a la clase dominante, y esta clase, en razón del deseo de conservar y alargar su poder, sus prejuicios y hasta sus ideales, puede excitar las ambiciones y los odios de raza, y mandar a su nación, o sea a su rebaño, contra los países "extranjeros", a fin de libertarlos de sus actuales opresores y someterlos a su dominio político y económico.

Mas la misión de los que como nosotros desean el fin de todas las opresiones y explotación del hombre por el hombre, es despertar una conciencia de clase y el antagonismo de intereses entre explotadores y explotados, entre dominadores y dominados, y desenvolver la lucha de clases dentro de cada país y la solidaridad entre todos los trabajadores a través de las fronteras, así como luchar contra todo prejuicio de raza o personalidad. Lo que siempre hemos hecho. Siempre hemos dicho que los trabajadores de todos los países son hermanos y que el enemigo "extranjero" es el explotador, aunque haya nacido en el mismo país que nosotros y hable la misma lengua. Siempre hemos considerado amigos nuestros, y compañeros de armas, así como a nuestros enemigos, desde el punto de vista de las ideas que profesan y la posición que ocupan en la lucha social, y nunca por motivos de raza o nacionalidad. Combatiremos sin tregua el patriotismo, que es una supervivencia del pasado y sirve bien los intereses de nuestros opresores y nos enorgulleceremos de ser internacionalistas no solamente en palabras, sino como uno de los más profundos sentimientos de nuestra alma.

Y ahora que las más atroces consecuencias de la dominación capitalista y estatal debían indicar a los más ciegos que teníamos razón, la mayoría de los socialistas y algunos anarquistas de los países beligerantes, se asocian a los gobiernos y burguesías de sus respectivos países, olvidando el socialismo, la lucha de clases, la fraternidad internacional y todo el resto.

¡Qué ironía!

Es posible que los actuales acontecimientos demuestren que los sentimientos nacionalistas están más vivos, y los de confraternidad internacional menos arraigados de lo que pensábamos, mas eso debiera ser una razón para intensificar y no abandonar nuestra propaganda antipatriótica. Estos acontecimientos muestran también que en Francia, por ejemplo, el sentimiento religioso es más fuerte, y que el jesuitismo tiene mayor influencia de lo que suponíamos. ¿Es esto una razón para que nos convirtamos al catolicismo romano?

Comprendo que pueden surgir circunstancias que hagan necesaria la colaboración de todos para el bien general. Por ejemplo: una epidemia, un terremoto, una invasión de bárbaros, que maten y destruyan todo lo que encuentren.

En tal caso la lucha de clases, y las diferencias de posición social, deben ser olvidadas, debiendo hacer causa común contra el peligro común; mas ha de ser con la condición de que las diferencias sean olvidadas por ambas partes. Si alguien peligrara durante un terremoto, nuestro deber es salvarlo, con peligro de nuestra vida misma, aunque fuera un carcelero, con la condición de que los carceleros empezaran por abrir las puertas de la prisión.

Mas si los carceleros toman todas las precauciones para impedir la evasión de los prisioneros durante o después de la catástrofe, estamos en el deber, para con nosotros mismos, y para con los presos, de abandonar a los carceleros a su propia suerte, y abrir las puertas de la cárcel para que los presos aprovechen la ocasión y huyan.

Si cuando los soldados extranjeros invaden el SUELO SAGRADO DE LA PATRIA, las clases privilegiadas renunciasen a sus privilegios y procediesen de modo que la "Patria" se tornase realmente propiedad común de todos los habitantes, sería entonces justo combatiesen todos contra el invasor.

Mas si los reyes quieren seguir siendo reyes, si los propietarios quieren seguir usufructuando los derechos de sus casas y sus tierras, si los comerciantes pretenden guardar sus mercancías para poderlas vender más caras, entonces los trabajadores, socialistas y anarquistas, deben dejarlos que se arreglen y aprovechar la oportunidad para librarse de sus opresores del interior así como de los que vengan del exterior.

En todas circunstancias el deber de los socialistas, y especialmente de los anarquistas, es hacer todo lo posible por debilitar al Estado, a la burguesía, y tomar como guía único de su conducta los intereses del socialismo, o si se ven materialmente imposibilitados de trabajar eficazmente en favor de su causa, negar todo auxilio voluntario a la causa del enemigo y apartarse para salvar al menos sus principios, lo que significa salvar lo futuro.

Todo lo que acabo de decir es teoría tal vez aceptada — en teoría — por la mayoría de los que en la práctica han hecho todo lo contrario.

¿Cómo, pues, aplicar esto a la situación presente? ¿Qué debíamos hacer, qué podíamos desear, en interés de nuestra causa?

Se dice en este lado del Rhin, que el triunfo de los aliados sería el fin del militarismo, el triunfo de la civilización, de la justicia internacional, etcétera, etc.

Lo mismo se dice del otro lado de la frontera por lo que respecta a una victoria alemana.

Personalmente, juzgándolos como se merecen, "el perro rabioso" de Berlín y el "viejo ahorcador" de Viena, me inspiran igual confianza que el Zar sangriento de Rusia, que los diplomáticos ingleses que oprimen la India, traicionaron la Persia, aniquilaron las repúblicas boers; que la burguesía francesa, que expolió traidoramente a los marroquíes, o los gobernantes belgas, que consintieron las atrocidades del Congo, y de las cuales sacaron grandes provechos, teniendo en cuenta que sólo recuerdo algunos de sus crímenes, tomados al azar, sin mencionar los que todos los gobiernos y clases capitalistas cometen contra los trabajadores rebeldes dentro de sus propios países. En mi opinión, la victoria de Alemania significaría ciertamente el triunfo del militarismo y la reacción; mas el triunfo de los aliados significaría una dominación anglo rusa—o sea el *Ruont* capitalista—en Europa y en Asia, servicio militar obligatorio y desenvolvimiento del espíritu militarista en Inglaterra, y en Francia, una reacción clerical, y tal vez monárquica.

Así, pues, a mi manera de ver, lo más probable es que no habrá victoria definitiva de ningún lado. Después de una larga guerra, una enorme pérdida de vidas y riquezas, exhaustas ambas partes, pactarán una paz cualquiera, dejando las cuestiones abiertas, preparando así una nueva guerra más mortífera que la actual.

La única esperanza es la revolución; y como entiendo que de la Alemania vencida, teniendo en cuenta el actual estado de cosas, sería probable estallara la revolución, por esta razón—únicamente por esta—deseo la derrota de Alemania.

Puedo, naturalmente, engañarme al apreciar la situación. Mas lo que me parece elemental y fundamental para todos los socialistas — anarquistas u otros — es que es preciso conservarnos libres de cualquier especie de compromiso con los gobiernos o clases dirigentes, de modo que podamos aprovechar cualquier coyuntura que por ventura se proporcione, y en todo caso, recomenzar y continuar nuestra obra de propaganda y de preparación revolucionaria.

ENRIQUE MALATESTA

MATICES

Los hambrientos

Son las víctimas de un régimen monstruoso. Miradlos. Son los eternos expoliados.

Incapaces de un gesto altanero de rebeldía, de un atrevimiento juvenil, no hacen más que gemir, arrastrarse, suplicar.

Son vencidos. No porque exista una razón natural que lo determine así. Lógicamente debieran haber triunfado. Se entregaron al vencedor sin hacer la menor tentativa para que no les venciera. Desde que esto aconteció, son juguete, son esclavos de pastores, de consejeros, de caudillos, que ellos mismos escogieron.

Se dispone de su fuerza, de su voluntad, caprichosamente. No valen nada.

Hay quien habla, piensa, escribe, y lo es todo para esos hombres.

Ellos no saben hablar, pensar ni escribir. Son mudos, ciegos, analfabetos.

Sin embargo, tienen ímpetus, ansias, arrebatos.

Para que no puedan expontáneamente traducirlas, exteriorizarlas, se les recluta, se les regimenta, se les disciplina.

Quizás fuera mejor que murieran de una bala, en medio de la calle, defendiendo heroicamente su derecho a la vida, que lentamente en la pocilga inmunda...

En otras condiciones ellos mismos lo verían así. Ahora no, porque renunciaron al empleo de su prisma particular para servirse del que les tienen preparado sus directores espirituales.

Ignoran que entre dos puntos determinados la línea recta es la más corta. La que ellos siguen está llena de tortuosidades.

Y aun así, cuando tratan de avanzar con demasiada rapidez, se les dice que esperen. Y ellos esperan sin saber por qué.

Si lo preguntan, se les contesta con una evasiva o con una ambigüedad.

Los que debieran ser para esos hombres que vegetan desde que nacieron, impulso, estímulo, acicate permanente, sofocan con sus abjurgaciones el afán que les anima de salir del estado en que se encuentran.

¡Cómo les repugna, a los conductores de multitudes, la que se ha dado en llamar *revolución de los estómagos!*

Para comer no basta en nuestros tiempos tener hambre. Es preciso, además, haber leído "Los problemas de la Naturaleza" o "La conquista del pan". Y guiados por ese preconcepto que revela más miedo a la guardia civil, a la policía y a la cárcel, que sinceridad y amor a las revueltas populares, en lugar de impulsarles a vocear sus privaciones, su miseria, su malestar, su descontento, se deja que paseen su cuerpo escuálido, como tímida protesta de famélicos castrados. Cuando cada uno de esos hombres conociera la situación exacta del vecino y contara con el beneplácito de aquéllos que le impiden moverse libremente, cobraría energías nuevas, sentiría impulsos vigorosos, se dispondría a realizar sin vacilaciones lo que por obra y gracia

---

EL DIA 1.° DE ENERO SE PONDRÁ A LA VENTA EL

Almanaque de "Tierra y Libertad" para 1915

PRECIO: UNA PESETA